

Rafael Torres

LAS CHICAS MALAS
DE LA REPÚBLICA

Valientes, brillantes, raras, libres

la esfera  de los libros

Preámbulo

VÍRGENES DESNUDAS

La villa soriana de Berlanga de Duero tenía seis iglesias románicas hasta que a los marqueses amos y señores del lugar les dio la ventolera, allá por el siglo XVI, de tirarlas abajo para construir con sus piedras una descomunal Colegiata. El suntuoso templo nunca terminado, pues se ve que en los aristócratas romanicidas eran mayores las pretensiones que los dineros para rematar una obra de tamaña envergadura, sigue allí, bien que con las cicatrices que le dejó la barbarie de la francesada napoleónica y los naturales zarpazos del tiempo.

En Berlanga se erguía imponente, aunque demediada, la Colegiata cuando advino la II República Española, pero ese emporio de piedras robadas a humildes iglesuelas no era, pese a su fantasmagoría, lo más fantástico del bello pueblo. Tampoco el castillo, edificado, roto y reedificado varias veces hasta la desolación que mostraban sus lienzos mellados, ni la Puerta Aguilera, la única conservada de las cinco que hubo de acceso al interior del recinto amurallado, ni, pese a su bello nombre, la ermita de Paredes Albas ni los deslumbrantes frutos de sus huertas ni siquiera la estación del ferrocarril que comunicaba Berlanga de Duero con el mundo. Lo

más fascinador del lugar, tanto como esclarecedor del único destino fijado para las mujeres españolas desde que alcanza la memoria, era la turbadora costumbre que las vírgenes de la localidad ejecutaban un día al año o, más exactamente, una noche al año, la de San Juan. Era una magia para saber con quién iban a casarse.

Pero quien debe revelar esa magia no es el autor de estas páginas, sino quien lo hizo en junio de 1934 para pasmo de sus lectores, en las páginas del semanario *Crónica*, Luis García de Linares. Juzgue el lector su estilo, muy de la época en este tipo de publicaciones destinadas a un público amplio y ávido de noticias sorprendentes, pero no deje de apreciar su eficacia literaria en la transmisión de aquel suceso asombroso.

¡Figúrense ustedes con qué ansia esperarían las muchachas de Berlanga la Noche de San Juan! Después de cenar se encierran en su cuarto y comienzan a desnudarse. Una a una, van cayendo al suelo las prendas campesinas: refajo, enaguas, larga camisa hasta las rodillas, gruesas medias de algodón... Para que la magia opere de manera satisfactoria no debe quedar ni un centímetro de tela sobre el cuerpo de la moza. Cuando esta se halla absolutamente desnuda, apaga todas las luces de su habitación, enciende dos velas, que sostiene cada una en una mano, y se coloca delante de un espejo, al que mira fijamente.

Así permanece durante cinco minutos o dos horas.

De pronto, la muchacha deja escapar un grito de angustia y de vergüenza. En ese espejo ha pasado, como una leve sombra, un mozo que ella conoce. Ha visto cómo volvía hacia ella sus ojos brillantes de deseo. Al grito de la moza acuden sus hermanas, su madre.

—¿Lo has visto?

—Sí —murmura la muchacha—, ¡Dios mío, qué vergüenza!

—Él está en la taberna o en su casa —explica la madre—. Es su sombra, nada más. Durante la Noche de San Juan, hija mía, han ocurrido siempre estos milagros.

—¿Y me casaré con él?

—Te casarás. Cuando en el campanario de la iglesia anuncien las campanas la medianoche, la sombra del mozo volverá a meterse en su cuerpo y le contará que ha visto una hermosa virgen desnuda madura para el amor. Te cortejará, acudirá a tu reja, y este verano, después de las faenas del campo, se casará contigo.

La seducción de semejante fantasía no hizo, sin embargo, que el periodista desoyera la opinión de una anciana del lugar que, sobre no haber capturado en sus Noches virginales de San Juan la imagen de hombre alguno en el espejo del armario de su alcoba, quedándose, por su fracasado sortilegio, soltera, resultó poseer un discurso científico, racional, que supo descifrar el truco de esa magia. Así tradujo a lenguaje literario sus palabras García de Linares al componer su reportaje:

Las mozas, sobrecogadas y enervadas por su desnudez, acaban por ver, puesto que así se lo han propuesto, la imagen de un mozo entre las luces temblorosas de las velas. Y ese mozo, naturalmente, suele ser el que ha despertado en ella las primeras emociones del deseo. ¿Qué tiene de extraño que terminen casándose con él?

Sea como fuere, aunque todo inclina a suscribir la tesis de la anciana, bien que sin menoscabo de la opción sobrenatural, el caso es que don Antonio Machado nos dejó con la duda en su romance «La tierra de Alvargonzález»:

*Siendo mozo Alvargonzález,
dueño de mediana hacienda,*

*que en otras partes se dice
bienestar y aquí, opulencia,
en la feria de Berlanga
prendose de una doncella,
y la tomó por mujer
al año de conocerla.
[...]*

¿La conoció un día en la feria, se intercambiaron miradas o alguna palabra, la moza se sometió después, en Noche de San Juan, a la sesión de videncia nudista y, entreviendo a Alvargonzález o a su espectro en el espejo a la luz de las velas, todo ya fue como la seda hasta los desposorios o, por el contrario, no hubo virginal desnudo, ni velas ni espejo, sino algo, como si dijéramos, más normal?

Lo que era normal, o, mejor dicho, corriente, hasta que los vientos de la ilustración y del progreso soplaron con fuerza, era el designio del matrimonio como casi única alternativa vital para la mujer, y en todos los rincones de España, incluso en Madrid, se reproducían los abracadabras para hallar al cooperador necesario que calmara el siroco de esa ansiedad. No muy distante de Berlanga, en Soria, la capital provincial, se hacía algo en pos del casorio menos perturbador, aunque también mágico: el día de san Lázaro, las doncellas buscaban una misteriosa losa movediza en el pavimento de la iglesia dedicada a dicho santo, en la seguridad de que quien la encontrara primero y la pisara, se casaba ese año.

En algunas aldeas del Alto Aragón, el deseo urgente de encontrar marido invadía el ramo de la construcción, de suerte que las fachadas de las casas en las que vivía alguna muchacha soltera que anhelaba dejar de serlo, exhibían, sobresaliendo un palmo del muro, las llamadas «piedras casaderas», unas losas de arenisca anunciadoras de que ahí moraba alguna moza postulante.

La publicidad impresa de la época se mostraba dispuesta, cómo no, a contribuir decisivamente con sus productos a la realización del sueño, y hasta tal punto lo hizo que llegó a cifrar en las manos de las muchachas la clave del éxito, cual ocurrió con un anuncio de Jugo de Loto Intea insertado con sugerentes ilustraciones y gran despliegue tipográfico en diversas publicaciones. Rezaba así:

Una Boda Segura por efecto de la hermosura y distinción de unas encantadoras y aristocráticas manos cuidadas con el magnífico Jugo de Loto Intea blanco.

No le extrañe a usted, señorita, que las manos influyan en su casamiento, pues aunque la figura de la mujer sea bonita, si tiene las manos ordinarias, repelen a un hombre de buen gusto. Por eso hay que cuidarlas con Jugo de Loto, para tenerlas maravillosamente bonitas y finas. Como no contiene grasa, queda la piel seca, mate y tersa. No use pastas grasientas que dejan una pegajosidad odiosa, ordinaria y molesta: da idea de enfermedad... de sudor, y el efecto es deplorable.

Transforme sus manos en delicadas y exquisitas con Jugo de Loto Intea. Es la maravilla moderna para las manos, los brazos, el rostro y el escote. Es el talismán que hace triunfar de los indecisos...

Pero las mozas en edad de merecer de Andújar, Jaén, eran más expeditivas y lejos de andarse con untos de dudosa efectividad en las manos, practicaban una suerte de tiro al blanco en una de las ermitas del término. A la de San Sebastián acudían cada 20 de enero, día del titular, con una canastilla llena de higos, y situadas a una distancia prudencial del santo, la misma para todas las concursantes, se liaban a higazos con él. La primera que atinaba al santo, se casaba ese año.

Obsérvese que todos los sortilegios descritos coincidían en el espacio de «un año» entre que se ejecutaban y se obtenía el efecto apetecido, tales debían ser las prisas, pero obsérvese principalmente la consideración social de la mujer hasta bien entrado el siglo xx y, tras el paréntesis republicano, hasta casi las postrimerías del siglo, como ser subalterno del varón e inducida, además, a querer serlo con todas las potencias de su alma, es decir, como criatura en ningún caso autónoma, ni independiente ni enteramente dueña, bien que en los límites en que todo ser humano puede regirlo, de su destino.

Las vírgenes desnudas de Berlanga de Duero veían pasar fugazmente a un hombre por el espejo de su dormitorio, pero lo que vieron pasar ante sí las buenas chicas malas de la República fue una ocasión única para ser, para respirar, para existir.

I

IRENE POLO

AMOR Y TURISMOFOBIA

Irene Polo i Roig no se desnudaba ante el espejo de su cuarto, a la luz de las velas, en las Noches de San Juan, sino en las playas de Ibiza y de Port de la Selva, pues era nudista como Juanita Vilá o como su pareja, Jesús Lopén, que se casaron como sus madres les trajeron al mundo en el Parthenon de Gavá, el emporio naturista ubicado en la masía Can Torelló, donde lo inconveniente era andar vestido. De otra parte, tampoco esperaba vislumbrar futuro marido alguno en el espejo, observándola con ojos encendidos por el deseo, pues ni su orientación sexual ni sus expectativas vitales se encaminaban por esos derroteros.

Irene Polo i Roig, nacida en 1909 en la Barcelona en la que todavía humeaban los edificios quemados en la Semana Trágica, y la sangre de Francisco Ferrer i Guardia, el creador de la Escuela Moderna, no se había secado aún, era hija de un guardia civil muerto prematuramente y de una madre entristecida, y la mayor de tres hermanas. Como de su infancia nada se sabe, pues acabó demasiado pronto por la necesidad de trabajar para sacar adelante a su familia en comandita con la madre, digamos que tras dar algunos tumbos laborales descubrió lo que más amaría en el mundo siendo correspondida, el periodismo.

Pese a las interminables jornadas de trabajo, las fatigas y las idas y venidas propias de quienes no teniendo otra cosa que a sí mismos se afanan en proveer de lo imprescindible a los suyos, la jovencísima Irene Polo no desperdició ni uno solo de los momentos libres que en puridad no tenía, para poder cultivarse, para instruirse, para aprender idiomas por su cuenta, para ver más allá de las rejas de la vida ordinaria, y por ello no solo pudo emplearse pronto en trabajos de oficina, incluso como publicista en la productora cinematográfica Gaumont, redactando los textos de los anuncios y los programas de las películas de su fondo, sino que se halló en condiciones, al poco, de revolucionar el periodismo catalán. Llegó a él como autodidacta absoluta, y por eso pudo revolucionarlo de manera tan original.

Cuando, justo antes de eso, la despidieron de la oficina en la que trabajaba por oponerse, según alguna fuente, a la reducción de salarios que el patrón quiso justificar por las supuestas pérdidas que a su negocio había provocado el advenimiento de la República, Irene Polo empezó a vivir de verdad, esto es, a vivir la vida que le correspondía como persona sedienta de ver y de contar, una vida luminosa que, lamentablemente, pasó fugaz como un meteoro. Desde el día que publicó en la prensa su primer trabajo hasta la tarde de abril de 1942 en que se quitó la vida, en su exilio de Buenos Aires, arrojándose por una ventana, habían transcurrido solo quince años. Tenía en aquella infausta tarde de abril treinta y dos.

Pero más que su muerte, tan incomprensible como la de todo ser humano, interesa su vida, que contiene algunas de las claves de lo que supuso el nuevo régimen democrático para la mujer, pero de su vida se sabe mucho menos de lo que se debería saber. De su obra, de los más de trescientos artículos, entrevistas, reportajes y otras piezas periodísticas que publicó en diferentes diarios y revistas durante el

tiempo que mantuvo su actividad profesional, se conoce, por fortuna, bastante más que de su vida, y ello gracias a las hemerotecas y a las pesquisas en los últimos tiempos de Gloria Santa-María y Pilar Tur, que la divulgaron, tras décadas de olvido, en *La fascinació del periodisme* y *Els anys americans de Irene Polo*, y a las aportaciones de Francesc Delgado, Ana Crespo, Mar Casas, Neus Real, Teresa Amiguet o Andrea Calamari, entre otros.

Menos mal que en el caso de los periodistas independientes y vocacionales, como en el de los escritores, vida y obra están severamente entreveradas, si es que no son la misma cosa. Así, a través de sus piezas periodísticas podemos trazar la peripecia vital de la joven Polo. Estas, rebosantes de vida, atrevimiento y emoción ante la realidad, nos hablan de la personalidad de la autora: moderna, desprejuiciada, audaz, culta, sensible e inquieta. Sabemos por sus pocos retratos fotográficos que usaba pantalones, que prescindía de maquillaje y que llevaba invariablemente el cabello cortado a lo «garçon»; pero por su trabajo conocemos también su ideología política, pese a haber cultivado poco el periodismo de opinión: próxima en los primeros años a Esquerra Republicana de Catalunya, basculando más tarde hacia los postulados defendidos por su escisión, el Partido Nacionalista Republicano de Cataluña. En cualquier caso, antes y después, y hasta el fin de sus días en el gélido exilio bonaerense, republicana hasta la médula.

Uno de sus primeros trabajos periodísticos, publicado en 1930 en la revista *Imatges*, nos aproxima ya a las inquietudes personales de Irene Polo. Un reportaje sobre las almonedas de su ciudad, donde las clases populares encontraban momentáneo alivio a sus penurias y, a menudo, el despojo de sus últimos bienes: el reloj, la mantilla, las pocas alhajas heredadas de algún remoto ajuar, la máquina de coser o de escribir, el abrigo... En él se percibe ya el talento periodístico de Polo, pues la inicial

y cerrada negativa a hablar de las interioridades de su negocio del propietario de una casa de empeños deviene en abierta comunicación, merced a las inteligentes artimañas de la reportera. Pero otro de sus iniciales textos, uno de los cinco artículos que en diferentes fechas dedicó a Greta Garbo, fue tan fervoroso y rendido que, trascendiendo el gusto y la afición por el cine que desde el principio cultivó, pudiera sugerir, o dejar entrever, algún destello de su homosexualidad, que, por cierto, nunca proclamó, ni escondió:

Penso que el gran public no está preparat per apreciar la qualitat artística de Greta Garbo. La seva personalitat es massa refinada, la seva bellesa, massa extraordinaria, les seves actuacions, massa profundes, l'aixó provoca incomprensió y enveja entre el públic. Greta Garbo té un cos perfecte que podrían dibuxar amb quatre línies. Un cos agil i lleuger que transmet serenitat u equilibri. Un cos que llueir devant la camera. Aixó la seva cabellera i l'expressió de la seva cara, una expressió contingoda... suggereix.

Irene Polo i Roig casi siempre escribió en catalán, la lengua con la que pensaba y se comunicaba con los lectores en los medios catalanes, en los que desarrolló la mayor parte de su carrera, si bien cuando los lectores y los medios fueron otros, como cuando escribió en 1935 para *Mundo Gráfico* o, al principio, en revistas cinematográficas de alcance nacional, usó el castellano con la misma calidad y el mismo propósito, ser entendida.

Por ello, el autor de este libro ha querido reproducir en su catalán original estas líneas concretas sobre Greta Garbo, por reconocer en ellas la conexión directa, espontánea y natural entre su pensamiento, su emoción y su escritura.



Retrato de Irene Polo. Fotografía de Gabriel Casas i Galobardes. ANC. 1929.

Diríase que en lo hasta ahora reproducido de ese artículo, titulado «La polémica Greta Garbo», hay casi más fascinación que crítica cinematográfica o consideraciones interpretativas sobre la, sin duda, maravillosa actriz sueca, pero en los párrafos últimos, el «casi» desaparece:

Totes aquestes qualitats són noves, mais les havien vistes cap altra altra actriu. Pero el public no se n'adona i no les valora. Els homes es limiten a tirar-li floretes como fariem amb quaseval altra actriu. I les dones la troben lletja, avorrida i presumptuosa.

[...] El cas és que opinar sobre Greta Garbo és perillós: t'arrisques a guanyar-te uns quants enemics. Pero a mí no em fa

res. Jo admiro aquesta dona que no admet definició, que està per sobre els topics i sembla un àngel que una persona.

El periodismo conoció, con la llegada de la II República, su edad dorada, desembarazado de la censura que tanto había castigado a la prensa en las décadas anteriores. Pero en Barcelona esa edad fue más brillante si cabe: se dice que un americano de visita a la ciudad se sorprendió al conocer que, en Barcelona, con siete veces menos población que Nueva York, se editaban el doble de periódicos y revistas, y así era, en efecto.



Irene Polo junto a Buster Keaton. Fotografía de Gabriel Casas i Galobardes.
ANC. 1930.

De esa formidable eclosión llegó impregnada Irene Polo, nacida como periodista en los amenes de la Dictadura que anunciaban la

República. Había mucho que contar, mucho de lo que se había dejado de contar en el pasado y mucho de aquel presente que a cada momento se iba convirtiendo aceleradamente en futuro. Desde los medios en los que colaboró, *El Día Gráfico*, *Mirador*, *Imatges*, *La Rambla*, *La Humanitat*, *L'Opinió*, *La Vanguardia* o *L'Instant*, quiso hacer de todo, estar en todas partes y contarlo y hablar de todo, y lo hizo: entrevistas innovadoras a Buster Keaton, a Pau Casals, a Clara Campoamor, a Victoria Kent, a Pío Baroja, a Margarita Xirgú; reportajes sociales sobre la carestía de los alimentos, las fatigas de la emigración, la mendicidad en Barcelona o sobre huelgas; crónicas políticas de denuncia del fascismo emergente, del matonismo de los Escamots o de la violencia anarquista; críticas de cine, sobre moda femenina defendiendo el uso de pantalones, escotes o bañadores livianos... De todo, y de todo a su peculiar manera insobornable y valiente.

Republicana liberal de izquierda, sus trabajos sobre los excesos de los paramilitares de Estat Catalá en su guerra sucia contra la FAI no le impidieron censurar, en otros, los excesos de la propia FAI o de la CNT, lo que, por cierto, le convertiría en la enemiga de los ácratas hasta el punto de ser amenazada en alguna ocasión. Periodista de calle, de movimiento, de «andar pisando barro», como solía decir, fue un día a la sede del Sindicato de la Construcción de la CNT a informarse sobre el desarrollo de una huelga, y desde *Solidaridad Obrera*, el periódico de la organización, contestaron a su posterior crónica de aquella manera:

[...] Doña Irene, la fiera corrupta de Las Ramblas, que por su hermosura ostenta el título de «Miss Opinió», ha visto los colmillos de la FAI. Doña Irene, ¿no la tiraron a usted por la ventana? Es que aún tenemos educación. Lo cortés no quita lo valiente, maca dona de las grandes gafas.

Pero Irene Polo vivió su oficio, como su existencia personal, con valentía. ¿Cómo no vivirla así si ese oficio era para ella el de los «mediums» de los que se valen los dioses de la realidad para llevar noticia de sí mismos a los seres humanos?

¡Ah, el periodista!:

¡Ah, el periodista!... Esa cosa inmensa y portentosa que son los diarios, reflejo incesante, por una combinación de letras y estampas, de la vida del mundo, de su agitación, su asombro, su renovación y su juego continuo de derroches, de bellezas, de heroísmos, de afanes y esperanzas.

[...] Sonrisas o muecas de «vedetes» y de criminales; barbas o gafas de sabio; angustia o vanidad de políticos. Secretos. Horrores, armonías. Gritos, oraciones, piruetas, chillidos, risas, versos, jadeos, tacos, lágrimas, profecías...

Prodigio y enormidad; maravilla de los periódicos... Y el periodista es el autor de todo esto: los hechos brillantes y los espantosos, y los admirables; la gloria, la catástrofe y el hechizo pasan por sus manos y él los distribuye.

Es el centro del movimiento del mundo... Es un ser fantástico y todopoderoso, temido y deseado, omnisciente y vertiginoso, deslumbrante y misterioso... ¡Ah, el periodista!

Ni tuvo miedo de las amenazas de los paramilitares de uno y otro signo ni temió ser descubierta cuando se infiltró para uno de sus reportajes en los grupos fascistas convocados por las Juventudes de Acción Popular en 1934, en su concentración de El Escorial, ni cuando sus artículos fueron sistemáticamente machacados por la censura tras los sucesos de ese mismo año en Barcelona ni cuando denunció la presencia de nazis alemanes en Ibiza. Sin embargo, de

lo que sí debió precaverse, y no lo hizo, fue de la fuerza secuestradora, arrebatadora, del amor.

Antes de referirnos a ese rapto que torcería el rumbo de su vida, habrá que cerrar el somero repaso de su obra periodística con la alusión a la serie de seis reportajes que publicó en *L'Instant* en 1935, y que inauguraron premonitoriamente lo que hoy se conoce como turismofobia, que no es una patología, sino la reacción natural de un organismo ante aquello que amenaza su salud y hasta su supervivencia. Turismofobia, también, como respuesta natural a la abolición de la figura del viajero, que ya entonces principiaba a sustituirse por la del turista que se desplaza a cualquier sitio para ver más turistas, y que es lo único que puede verse ya en todas partes. La serie llevó el título de «Postales de Ibiza» y Polo las enviaba a sus lectores desde la hermosa isla que ya iniciaba, a consecuencia del turismo precisamente, su degradación imparable:

Los extranjeros, vivos como ellos solos, han descubierto Ibiza antes que nosotros y se instalan a toda velocidad. Por lo tanto, pues, valdría más que los que se instalen seamos nosotros, porque si no, a este paso, un día nos encontraremos con que, para entrar, tendremos que comprar un billete en una taquilla que habrá puesto un alemán en la isla.

Es cierto que la atracción de la isla también había llevado a ella a una humanidad heteróclita muy interesante (intelectuales, pintores, judíos escapados de la Alemania nazi, músicos, millonarios excéntricos, espías...), instalando una suerte de intenso cosmopolitismo inexistente en ningún otro lugar de España, y donde la propia Irene Polo podía dar satisfacción a su afición nudista y a su sed de aventuras, pero, así y todo, penó más que disfrutó a causa de su percepción de la deriva desnaturalizadora de Ibiza:

... Más cemento armado gris y espeso, en lugar de la cal blanca y alada. Más carreteras y automóviles, en lugar de los carros llenos de verdor y campesinos. Más vestidos de cretona en lugar de los miriñaques de faldas negras y de los pañuelos de flecos. Más permanentes, que matan las grandes trenzas negras con un lazo. [...] Cada vez más hoteles y más bares, más caros cada día. Más radios, más extranjeros. Como le ha pasado a Mallorca.

Próxima estaba a concluir, sin que Irene lo supiera, su brillante carrera periodística, que, contra lo que comúnmente se ha dicho y escrito, no inició en 1930 con sus trabajos en *Mirador* (semanario de literatura, arte y política que llegó a contar con colaboradores de la talla de Thomas Mann, Aldous Huxley o Tristan Tzara) ni en *Imatges*, sino varios años antes, en 1927, con apenas dieciocho, en «Los jueves cinematográficos» de *El Día Gráfico* y en las revistas *El Cine* e *Información Cinematográfica*, labor que seguramente compaginó con su empleo publicitario en la productora Gaumont. Así lo desveló Francesc Salgado de Dios en un impresionante y concienzudo trabajo de investigación académica sobre la relación de Polo con el periodismo cinematográfico, y así fue, sin duda, a tenor de las pruebas por él aportadas.

Aún pudo cubrir Irene Polo otro jalón en su carrera profesional cuando, en 1935, al poco del envío de su última «Postal de Ibiza», fue nombrada jefa de redacción del diario *Última Hora*, pero no sabía, el 6 de enero de 1936, cuando fue a entrevistar a Margarita Xirgú para glosar con la actriz la figura insigne de don Ramón María del Valle-Inclán, fallecido en Madrid el día anterior, que ese encuentro trastornaría su vida absolutamente y sin vuelta atrás.

Al parecer Irene Polo volvió a la redacción ese día diciendo que se había enamorado. Si fue así, tan persuadida debió quedar de que el tósigo de un enamoramiento fulminante había entrado en

ella, que esa sería la causa de que porfiara ante la actriz en enrolarse en su compañía, que pocos días después partía para una larga gira por las Américas con un repertorio exclusivamente lorquiano. La eximia actriz no debió quedar indiferente al entusiasmo de la periodista y, toda vez que la persona que iba a ocuparse en la gira de la secretaría general de la compañía y a encargarse de la publicidad y de la prensa se había caído del cartel a última hora, aceptó de buen grado a Irene para ocupar la vacante.

La persona a la que sustituyó Irene en aquel viaje sin retorno era nada menos que el joven Rafael Rodríguez Rampún, ingeniero de Minas, futbolista del Atlético de Madrid y exsecretario de la compañía teatral La Barraca, de Lorca, con el que había mantenido un año antes, pese a no compartir su orientación sexual, la intensa y feliz relación sentimental que inspiró al poeta los preciosos *Sonetos del Amor Oscuro*. Rafael Rodríguez Rampún quiso siempre bien y mucho a Federico, y cuando se enteró de que lo habían matado, corrió a alistarse en el Ejército de la República para enfrentarse a sus asesinos. Tras una somera instrucción, fue nombrado teniente en campaña y destinado a una batería antiaérea en el frente de Santander, donde encontró la muerte. Según el ilustrado periodista deportivo Petón, que escribió sobre el particular, Federico García Lorca, que apreciaba el fútbol, se hizo del Atleti por influjo de Rafael. O, cuando menos, Petón y el autor de este libro, colchoneros ambos, lo creemos así.

La expedición, integrada por más de cuarenta personas entre actores y técnicos, zarpó del puerto de Barcelona, rumbo a México, el 29 de enero de 1936, con Irene Polo a bordo, y esta, que se había despedido un poco a la francesa a causa de su arrebató, envió una última pieza a *Última Hora* desde La Coruña, escala que aprovechó para entrevistar a Casares Quiroga, quien en breve presidiría el Consejo de Ministros.

Pero como si un amor, el súbito que sintiera hacia la Xirgú, fuera incompatible con el que había sido luz y guía de su existencia más libre, fecunda y feliz, el del periodismo, Irene Polo se subsumió en los asuntos de la gira teatral, orillando el segundo. Durante sus idas y venidas por las Américas escribió poco más que cartas a su íntimo amigo Miquel Villa, y tampoco pudo enviar a ninguna redacción de la España lejana unas líneas sentidas sobre la noticia que recibió en México junto al resto de la Compañía, la del asesinato de Federico García Lorca en Granada a manos de lo más crápula, infame y tirado de su sociedad. Federico había prometido incorporarse a la gira ese verano, pero ya no pudo, como tampoco pudieron los actores de la Compañía de Margarita Xirgú, que llevaba sus obras al Nuevo Mundo, interpretarlas sin un nudo de esparto en las gargantas.

Continuó, empero, la compañía sus representaciones por América a la vez que la República, lo que iba quedando de ella en la guerra impuesta y atroz, agonizaba, de suerte que, en la fecha establecida para el regreso, España era ya un inmenso campo de cadáveres y de dolor regido por quienes habían matado a Federico, precisamente.

El fin de la guerra de España, el fin del mundo y de los proyectos de vida de cada uno de los miembros de la compañía, halló a esta en Buenos Aires, ofreciendo sus últimas sesiones de *Yerma*, *La casa de Bernarda Alba* y *Doña Rosita la Soltera*. Y allí se disolvió, marchando la Xirgú a Chile y cada cual donde creyó hallar acogida, salvo Irene Polo i Roig, que, a sus treinta años, sin conocer a nadie y sin que nadie la conociera, sola, sin Barcelona, sin sus periódicos, sin nada, quedó varada sin medios de vida en la capital argentina.

Unos pocos trabajos de pan llevar, traducciones para Hachette, Losada, Sopena y Juventud Argentina, así como, al cabo, la representación de la barcelonesa casa Dana de perfumería, que había abierto una sucursal en Buenos Aires, le permitieron ir tirando; pero de lo que tenía que tirar, una pena y una frustración infini-

tas, debió ser un peso demasiado formidable para sus fuerzas, tan debilitadas por la extinción de sus dos amores rivales, y entró en el desaparecedero de una depresión sin fondo.

Irene Polo, cuyo recuerdo apenas empezó a exhumarse hace unos pocos años tras muchos de olvido, y eso casi solo en Cataluña, no pudo con una tarde de abril de 1942, y se tiró por la ventana de su cuarto. En algún lugar del cementerio bonaerense de La Chacarita deben reposar sus restos, pero no hay una lápida, ni una inscripción, ni nada, que lo señale. Ahora bien, donde se hallen están los de una mujer, una periodista, que odiaba el turismo y que se embarcó en un viaje sin retorno, según se dice, por amor.